

Extraños en el muelle

Tash Aw

Retrato de
una familia

AMOK
EDICIONES

*Extraños en el muelle.
Retrato de una familia.*

Título original:

STRANGERS ON A PIER

Copyright © Tash Aw, 2015, 2021

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, octubre de 2023.

© 2023, María Condor, por la traducción.

© Tash Aw en Kuala Lumpur, por Stacey Liu

Natalia Martínez, por la maquetación.

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-26-2

Depósito legal: M-26287-2023

Impreso por Leitzaran Grafikk

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

I

El rostro

*Pom mai ben Thai. Watashi no nibonjinde wanaidesu.
Jaesonghaeyo, han-guk saram abniaeyo. Bukan orang
Indonesia. Ma Nepali ta boina.*

*Maneras de decir lo que no somos
y de comenzar el relato de lo que somos.*

Uno

Estoy en un taxi, en Bangkok. Mi compañero —europeo, blanco— habla tailandés con fluidez, pero cada vez que dice algo el taxista se vuelve a contestarme a mí. Yo muevo la cabeza. *Pom mai ben Thai*. No soy tailandés. Él continúa dirigiéndose a mí, no a mi amigo. Soy el conducto pasivo de esta extraña conversación tripartita.

Estoy en Nepal, en las montañas al oeste de Pokhara. Un maestro de aldea insiste en que soy un *gurung*, un grupo étnico de pastores de ovejas y soldados. Soy de Malasia, replico. ¿Está usted seguro? Puede que su padre fuera un soldado *gurka* que luchó contra los comunistas malayos. Más tarde contemplo mi rostro en un espejo por primera vez en una semana: tengo las mejillas sonrosadas y quemadas por el sol tras largos días a caballo a gran altitud, los ojos entrecerrados por la intensa luz. Por lo que veo parezco un extranjero, o mejor dicho uno de aquí. Puede que sea un *gurung*.

Estoy embarcando en un vuelo de Cathay Pacific, de Shanghai a Hong Kong. Los empleados de la puerta de embarque, chinos continentales, me despiden en mandarín, pero veinte metros más allá la tripulación china de Hong Kong que espera en la puerta me saluda en cantonés. (Observo que la mayoría de los demás pasajeros de etnia china no reciben este tratamiento bifurcado).

Tiene que ver con mi cara. Mis rasgos son neutros, poco pronunciados, mi tono de tez cambiante —pálida en los climas septentrionales sin sol, pero se broncea rápidamente, al día o dos días de llegar a los trópicos—. Mi cara se funde con el paisaje cultural de Asia: en el este de la India, mi identidad se torna maleable y se

moldea para encajar con la gente que me rodea. A veces me pregunto si ayudo inconscientemente a este proceso ajustando mis movimientos y conducta para lograr esa fusión; en un festival literario celebrado el año pasado en Tokio, me di cuenta de que respondía haciendo respetuosas inclinaciones de cabeza cuando alguien me daba alguna información por la calle, cuando de hecho no entendía una sola palabra de lo que me explicaba. Me pregunto si, de alguna manera, me gusta que me confundan con un natural tanto como me frustra que nadie parezca saber de dónde soy, o que no le importe. En algunos países, como Tailandia, donde puedo hilvanar unas pocas frases seguidas, me encuentro imitando el acento local, cosa que confunde aún más a la gente. Pero también la pone muy contenta. Lo parecido agrada a los tailandeses; reaccionan con alegría cuando mi identidad es finalmente revelada. Se pasan el dedo índice alrededor de la cara: mi rostro es su rostro.

Igual que yo. Quizá no tenga que ver con nuestras caras, sino con nuestro deseo de que todo el mundo sea como nosotros. Queremos que el extraño sea uno de los nuestros, alguien a quien podamos entender.

Dos

Mi abuelo paterno y mi abuelo materno vivían a orillas de sendos anchos y fangosos ríos que se adentran en el campo malayo, uno a cada lado de la cordillera, cubierta de espeso bosque, que divide la región en dos. Uno era tendero; el otro, maestro en una aldea. Uno vivía en Perak, en una pequeña población llamada Parit, cerca de Batu Gajah, cerca a su vez de Ipoh, la capital del estado; el otro llevaba una existencia más nómada; pasó por una serie de remotas ciudades en la jungla —Tumpoat, Temagan— para luego establecerse en Kuala Krai, en el corazón del estado islámico de Kelantán, en la lejana costa noroeste de Malasia. Uno era *hokkien*, un hablante de *min-nan hua* de la provincia de Fujian; el otro era de la isla de Hainán, el territorio más al sur de China, casi a mitad de camino por la costa de Vietnam y a unos pocos días en barco por el Mar de la China Meridional hacia Malasia.

(Un breve inciso: *hokkien*, hainanés; añadid a estos cantonés, *hakka*, *teochew*. Las diferentes raíces regionales de los emigrantes chinos en el sudeste asiático. Tenedlas presentes; son importantes para esta historia).

Mis dos abuelos habían hecho, en algún momento de la década de los veinte, el arriesgado viaje en barco desde el sur de la China a la península malaya. Cuando emprendieron aquel viaje no eran más que unos adolescentes; huían de una China asolada por la hambruna y que se estaba fragmentando hasta llegar a la guerra civil. Dudo que sus familias supieran mucho de la confusión política reinante en China durante la Era de los Señores de la Guerra. Quizá supieran

que la dinastía Qing había llegado a su fin recientemente, que ya no tenían emperador. Pero no habrían comprendido lo que significaba vivir en las nuevas ruinas de mil años de gobierno imperial, no habrían comprendido las complejidades del conflicto, cada vez más enconado, entre el Kuomintang nacionalista de Chiang Kai-shek y el poder creciente del Partido Comunista. No sabían que estaban viviendo tiempos transcendentales, una era que acabaría con todas las eras, el comienzo de una novela a cuyos capítulos de en medio solo nos estamos acercando hoy. La suya era una época que iba a poner a China en el camino hacia el dominio de la imaginación mundial cien años después, pero ellos nunca verían a su país convertirse en la fábrica del mundo, en el consumidor de bienes de lujo más grande del mundo, en la segunda economía más grande del mundo, respetuosa únicamente con el poder de Estados Unidos. En aquellos pocos años, a punto de entrar en la edad adulta, solo querían escapar de una pobreza abrumadora.

Y en aquellos tiempos las vías hacia la salvación conducían, casi inevitablemente, a las tierras cálidas y fértiles que se extienden por un vasto archipiélago al sur de China, donde los emperadores chinos habían establecido una red secular de rutas comerciales y una antigua relación basada en estados vasallos y tributarios, con los puertos de Singapur y Malaca en su epicentro. Era una tierra de promisión, conocido por los chinos como Nanyang, los Mares del Sur.

A veces, cuando llego a Nueva York o a Shanghai —viejas ciudades portuarias que han atraído a generaciones de inmigrantes—, me sorprende volviendo a imaginar la llegada de mi abuelo a los muelles de Singapur, un lugar desconocido cuyos panoramas y sonidos, sin embargo, resultarían sin duda inexplicablemente reconfortantes. La temperatura: elevada y húmeda, exactamente igual que la de los largos veranos de sus tierras de origen. No habrá allí ninguna estación fresca, ningún breve respiro del calor y de la lluvia, pero ellos aún no lo saben. El paisaje: árboles de hoja ancha, siempre verdes, y cursos de agua, la proximidad del mar. De nuevo, muy parecido a lo que hay en casa. El olor: a tierra mojada y a vegetación en putrefacción; a comida, a posibilidad. Pero por encima de todo es la gente la que les hace sentir que pueden vivir allí. Es una colonia británica, pero es una ciudad de libre comercio, entonces como

ahora. Los extranjeros llegan con facilidad, encuentran trabajo con facilidad; se quedan. Construida sobre ochenta años de inmigración china desde el establecimiento de la administración británica y el desarrollo de los recursos naturales por el gobierno colonial, Singapur está llena de chinos: peones, *coolies* de los muelles, descendientes de los trabajadores de las minas de estaño y las plantaciones malayas, pero también mercaderes y comerciantes, artistas, escritores. Hay periódicos chinos, tiendas chinas con signos chinos pintados en elegantes caracteres tradicionales, escuelas chinas, hasta un banco chino, el Overseas Chinese Bank. Mis abuelos no están solos; de hecho, están a varias generaciones de distancia de los pioneros.

Una vez aquí, buscan a la persona cuyo nombre y dirección les han dado. Los llevan apuntados en un papel, su más preciada posesión. Toda la gente del barco tiene un papel parecido con el nombre de un pariente, o acaso una persona de su pueblo, del que ha salido hace un tiempo y ha fundado un hogar en algún punto de Nanyang. Pero ¿adónde ir, cómo encontrar esos contactos? Nadie conoce con certeza todavía la geografía de ese lugar «extraño-pero-familiar»; nadie sabe a qué distancia está Kota Bharu de Singapur o si Yakarta está más cerca de Malaca que de Penang. Bangkok está en algún sitio al norte de aquí, pero ¿a qué distancia? Se quedan por los malecones, tratando de decidir adónde ir a continuación.

Extraños, perdidos en un muelle.

Pienso a menudo en esa imagen. Por ejemplo, hace unos años, cuando estuve en Marruecos, hablando con un joven en Marrakech. No tenía trabajo ni esperanzas de conseguirlo. Quería irse a Nueva Jersey; tenía un tío allí. El plan era llegar a Londres como fuera y luego «saltar» a América «y ya está». O el taxista que conocí la última vez que estuve en Yakarta; creía que Inglaterra y Holanda estaban a cinco o seis horas de Indonesia y que quizá estaría bien conseguir un empleo allí. Le dije que el vuelo duraba catorce horas; no me creyó. Dejó escapar un silbido y dijo: «Diablos, en ese tiempo llegaría uno a Groenlandia».

Mis abuelos. Extraños perdidos en un muelle.

Ahora bien, esas identidades regionales —*hokkien*, cantonés, teochew, hainanés— ahí es donde son cruciales para el nuevo migrante de China. No tienen que ver con la identidad —aún no, sea como

fuere— sino con la supervivencia. El pueblo natal de los inmigrantes y el dialecto que hablen garantizará que no perezcan en esas tierras nuevas. Después influirán en el derrotero de su nueva vida y muy probablemente en la de sus hijos, y quizá también en la de sus nietos. Pues la persona cuya dirección están buscando ahora será un paisano suyo, un *hokkien* o un cantonés, alguien que les proporcionará cama y comida en un primer momento, y luego una red de contactos que los ayudará a encontrar empleo. Si no son verdaderos parientes consanguíneos, llegarán a actuar con el migrante recién bajado del barco como una familia extensa. En toda su vida olvidarán estos recién llegados a sus familias adoptivas; no olvidarán la amabilidad que se les brindó en aquellos primeros días. *Uncle, Auntie*: así es como llamarán a los miembros más ancianos del clan, un hábito tradicional chino que se cultiva con especial celo allá, en Nanyang, de modo que, cuatro generaciones después, sus nietos no sabrán a ciencia cierta si alguien es un tío o una tía de verdad o solo un extraño que antaño acogió a su abuelo.

Mucho más tarde, como las casas destartadas en las que ahora viven, esos grandes clanes mal unidos empezarán a fracturarse y cambiar de lugar. Habrá enemistades familiares y la gente empezará a decir cosas como «en realidad ni siquiera tenemos parentesco con ella». Las familias se dividen, sus vástagos se casan y se mudan a Canadá, Australia, Estados Unidos, y ya no saben cómo dirigirse a sus mayores, no saben qué título honorífico usar para alguien de la generación anterior o de la posterior, no saben hablar el dialecto que marcó a su clan como diferente, no saben siquiera cómo es la cocina *teochew*, desde luego no pueden situar Xiamen en un mapa y, lo peor de todo, no saben leer sus propios nombres en chino. Vuelven del *college* y saludan a un tío joven —no un tío de verdad, pero de todos modos un tío generacional, tal vez alguien que hizo de canguro con los críos pequeños mientras los padres estaban trabajando—, lo saludarán con un informal «qué hay, tronco». Probablemente se convertirán al cristianismo. Puede incluso que se casen con una musulmana. Costará mucho recordarles que son *hokkien*, o *hakka*, o lo que sea, y dirán que eso no importa en realidad, lo cual está muy bien ahora que viven en Sacramento, o Vancouver, o Melbourne, excepto el día que conozcan a un chico blanco que se acaba de

licenciar en Estudios Asiáticos y ha pasado un año de posgrado en Pekín, y les pregunte «y tú, ¿qué dialecto hablas en casa?». Y ese chico les habla en un fluido mandarín lleno de ingeniosos giros que ellos vagamente reconocen como *chengyu*, esos aforismos de cuatro palabras que flotan como niebla en el margen de su consciencia. Y de repente su cerebro entra en modo automático de traducción, buscando las mismas palabras en cantonés, solo que el significado nunca sale de la bruma y su cabeza se queda hecha un lío, buscando constantemente, buscando como la «rueda giratoria de la muerte» que congela la pantalla del ordenador de su memoria y no les da las respuestas que necesitan. Pensarán en llamar por Skype a sus padres para preguntarles, lo cual será una torpeza porque, francamente, nunca han hecho ningún intento de hablar el dialecto, pero ahora no tienen opción porque —¿lo adivináis?— Google Translate no tiene *teochew*. Así que acaban llamando, pero sus padres no contestan, con la tecnología son una nulidad, no son capaces de manejar sus nuevos iPads, y además están viendo *Juego de tronos*, y la oportunidad se pierde.

Sin embargo, esa neblina permanece en sus pensamientos, perturbadora, constante.

Pero por ahora las cosas son más sencillas. Sabes quién eres, así que buscas a tu propia gente; los tuyos, tus *kakinang*, te ayudarán. Encuéntralos, agárrate a ellos y las cosas irán bien.

Mis dos abuelos llevaron sin duda un nombre y una dirección en un papel. Pero ¿quiénes fueron esas personas? ¿Quién fue el *hokkien* que había dado instrucciones a mi abuelo, a través de amigos o parientes, sobre cómo viajar a la península malaya y llegar a la ciudad de Ipoh, de predominio cantonés, situada en un valle de piedra caliza agujereado por minas de estaño? ¿Quién fue el originario *hainam-nang* que se había asentado en una remota población en la linde de la jungla, en las tierras islámicas del lejano nordeste, donde el territorio malayo se va convirtiendo en Siam? No lo sabemos. Quizá el tío del abuelo de uno de los «primos» de mi niñez, pero quizá otra persona, tendré —tendremos— que preguntar.

Siempre pasa igual. Pregunto a alguien que pregunta a alguien que pregunta a alguien más, pero la respuesta es siempre la misma: no lo sabemos.